



Onomázein

ISSN: 0717-1285

onomazein@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Arbea, Antonio
VIRGILIO SEGÚN JUAN PABLO II
Onomázein, núm. 8, 2003, pp. 233-245
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134517976017>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

VIRGILIO SEGÚN JUAN PABLO II

Antonio Arbea

Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen

El año 1981, con motivo de la conmemoración de los dos mil años de la muerte de Virgilio, el Papa Juan Pablo II pronunció un ilustrado discurso, en latín, en torno a la figura y la obra del poeta latino. En este artículo se traducen y comentan algunos pasajes destacados de esta singular pieza oratoria.

Abstract

(*In 1981, Pope John Paul II delivered an enlightened speech in Latin about poet Virgil's work and figure, to commemorate the 2000th anniversary of his death. This article translates and comments on some selected passages of this uncommon piece of oratory.*)

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, me topé con un volumen en que se recogían las conferencias leídas en un congreso internacional acerca de Virgilio¹. El congreso se había realizado a comienzos de 1982, en Salamanca, bajo el título de *Bimilenario de Virgilio*. Recordemos que el poeta murió el año 19 a.C., de modo que los 2.000 años de su muerte se habían cumplido justamente el año 1981. Pues bien, en estas actas del congreso de Salamanca, iniciando el volumen (pp. 9-12), venía un singular documento; no era una de las tantas ponencias del en-

¹ *Bimilenario de Virgilio. Simposio Internacional, Salamanca [16-18 de marzo, 1982]*, Actas editadas por José Oroz Reta, Salamanca, 1982.

cuento, sino nada menos que un discurso del Papa Juan Pablo II sobre Virgilio, escrito en latín. Había sido pronunciado en la Sala del Consistorio del Vaticano durante la audiencia papal del 30 de noviembre de 1981, y había sido dirigido a los miembros de la Fundación “Latinitas” y a los vencedores de *XIV Certamen Vaticanum*, concurso de latinidad instituido por la Santa Sede. El hecho era bastante sorprendente. Me había tocado leer numerosos trabajos sobre literatura latina, pero siempre se había tratado de trabajos escritos por estudiosos de la antigüedad clásica; no esperaba encontrarme alguna vez con uno escrito por el Papa.

Se despertó de inmediato mi curiosidad, pues, y quise enterarme de lo que el discurso decía. El hecho de que estuviera redactado en latín, además, aumentaba mi interés: entenderlo en detalle y con propiedad iba a ser también un desafío idiomático. La lectura del discurso me deparó dos gratas sorpresas, por decirlo así. La primera, formal: el texto estaba redactado en un muy buen latín, esmerado y elegante, que daba placer leer; y la segunda –más importante–, que las consideraciones del Papa sobre Virgilio eran muy certeras, atinadas y convincentes. No se trataba de una homilía, tampoco de una exposición doctrinal que, a propósito de Virgilio, pretendiera dejar establecidos ciertos principios morales o de otro tipo. Era, por el contrario, una exposición sencilla, llena de sentido común, y al mismo tiempo rigurosa y ejemplar desde el punto de vista académico.

A partir de ese momento, tuve la idea de que este era un texto que merecía publicitarse, que merecía ser sacado del arrinconamiento en que se encontraba en esas actas, y que ante todo debía, por cierto, ser traducido al español, para ponerlo al alcance de un público general. Y eso es lo que me propongo hacer en esta ocasión: traducir y comentar algunos pasajes selectos de este documento.

SALUDO Y RECUENTO

El discurso comienza con un afectuoso saludo del Papa a los latinistas asistentes a la audiencia:

Queridos hermanos y hermanas: Me alegro, en verdad, de tener hoy la oportunidad de celebrar junto a vosotros, que sois cultores de la lengua latina, a Virgilio, desde cuya muerte han transcurrido dos mil años. El último día de este varón eximio ha sido merecidamente conmemorado con publicaciones y congresos no solo en Europa, a cuya cultura él tanto contribuyó, sino también en otras regiones. Corresponde que también la

Iglesia Católica y esta Sede misma de San Pedro recuerden, por razones particulares, a tan gran poeta².

Y, a continuación, señala dos actividades que la Iglesia ya ha realizado para celebrar debidamente esta fecha:

Se han emitido [...] sellos de correo del Vaticano [...] para revitalizar el recuerdo del poeta, y –lo que es de más importancia–, gracias al cuidado y celo del Prefecto y de los funcionarios de la Biblioteca Apostólica Vaticana, códices virgilianos de variada belleza y de gran valor han sido colocados de tal modo que los visitantes puedan, de una sola mirada, verlos expuestos y admirarlos³.

A este propósito, conviene recordar que la Biblioteca Apostólica Vaticana es depositaria del manuscrito más antiguo que se conserva de la obra de Virgilio, el *Palatinus*, del siglo IV, además de algunos folios sueltos (*schedae*) del siglo II.

VIRGILIO Y LA IGLESIA MEDIEVAL

Luego –explicando aquello de que “por razones particulares” correspondía que también la Iglesia Católica se sumara a la celebración del poeta–, el Papa, haciendo un poco de historia, menciona tres puntos de encuentro particularmente relevantes entre la Iglesia y Virgilio durante la Edad Media. Respecto del primero de ellos, dice:

[Virgilio,] ya muerto, continuó, en cierta forma, hablando y enseñando no solamente entre los romanos paganos, sino también entre los cristianos, quienes no solo alabaron su arte brillante, fino y reservado, sino que incluso llegaron al punto de considerar a este poeta como un nuncio profético “del gran orden nacido de nuevo”, que Cristo Redentor luego introdujo⁴.

² “Dilecti Fratres et Sorores: Gaudeo sane quod hodie mihi datur vobiscum [...], qui linguae Latinae estis cultores, celebrare Vergilium, a cuius obitu bis millesimus abiit annus. Cuius quidem viri eximii dies postremus non solum in Europa, ad cuius cultum humanum ille non modicum contulit, sed in aliis etiam regionibus, scriptis editis et conventibus habitis, est merito commemoratus. Ecclesiam quoque Catholicam et ipsam hanc beati Petri Sedem decet tantum poetam ob peculiares causas recolere.”

³ “Emissa sunt [...] Vaticana pittacia cursualia [...] ad eius memoriam revocandam et –quod maioris est momenti–, cura et studio Praefecti et ministrorum Apostolicae Bibliothecae Vaticanae, codices Vergiliiani, variae pulchritudinis, pretii summi, ita sunt ordine dispositi ut adeuntes eos in uno conspectu positos intueri posint et admirari.”

⁴ “[Vergilius] mortuus quasi loqui ac docere perrexit non solum apud ethnicos Romanos, sed etiam apud Christianos, qui non tantum eius artem illustrem, perpolitam, verecundam admodum probaverunt, sed eo etiam sunt progressi ut hunc poetam quasi nuntium praesagum arbitrarentur “magni ab integro nati ordinis”, quem Christus Redemptor postea induxit.”

El Papa alude aquí a la famosa y muy comentada *Égloga IV* de Virgilio, una pieza de apenas 63 versos, pero que ha tenido un gran relieve histórico. En esta égloga, escrita el año 40 a.C., Virgilio habla de un niño que acaba de nacer y con quien “nace de nuevo el gran orden de los siglos”, *magnus ab integro saeclorum nascitur ordo* (v. 5). Desde antiguo, muchos –entre otros, el propio San Agustín– han visto aquí profetizado a Cristo. Simultáneamente, sin embargo, y también desde antiguo, otros han señalado que esta interpretación cristianizante de la *Égloga IV* es una errada interpretación. San Jerónimo, por ejemplo, dice que no, porque en Virgilio se encuentren pasajes de aspecto cristiano, debe uno considerar cristiano a Virgilio: “Esas cosas son niñerías”⁵, dice, y en otro lugar señala: “¿Qué tiene que ver Horacio con el salterio?, ¿qué tiene que ver Virgilio con el evangelio?”⁶. Y la propia Iglesia, por cierto, jamás ha considerado oficialmente a Virgilio un profeta, por más que haya tolerado una cierta ambigüedad sobre el tema. En cualquier caso, lo que aquí interesa destacar es que las palabras del Papa sobre este asunto son ajustadas a los hechos, son filológicamente correctas: él no se suma a la interpretación cristianizante de la *Égloga IV* de Virgilio, sino que meramente señala que hubo cristianos que “llegaron al punto de considerar a este poeta como un nuncio profético” de la nueva era que adviene con Cristo.

La segunda convergencia de Virgilio y la Iglesia medieval que señala Juan Pablo II es la que se dio entre el poeta y algunos Padres de la Iglesia:

Los Padres de la Iglesia lo apreciaban [...]. San Agustín, para dar un ejemplo, ensalza a Virgilio con muy elocuentes palabras y cuenta que, en su época, incluso los niños pequeños estudiaban sus obras con esmero; dice, en efecto: “A él (es decir, a Virgilio) lo leen los pequeñitos precisamente para que el grande y más brillante y mejor poeta de todos, bebido por los tiernos espíritus, no pueda fácilmente caer en el olvido”⁷.

Esta mención que el Papa hace de San Agustín y de su encomiástica opinión de Virgilio (“el grande y más brillante y mejor poeta de todos”) es particularmente interesante. La opinión que el

⁵ “Puerilia sunt haec” (*Epist. 53, 7*).

⁶ “Quid facit cum salterio Horatius? cum evangelio Maro?” (*ibid.*).

⁷ “Patres Ecclesiae eum honore ornabant [...]. Sanctus Augustinus, ut emplum subiciam, verbis amplissimis Vergilium effert estque auctor aetate sua etiam puerulos eius operibus sedulo studuisse; ait enim: “quem (id est Vergilium) propterea parvuli legunt ut videlicet poeta magnus omniumque praeclarissimus atque optimus teneris ebibitus animis non facile oblivione possit aboleri” [*De Civ. Dei 1, 3*.]”

obispo de Hipona tenía del poeta no representa un hecho aislado; por el contrario, hay que decir que sus gustos literarios no diferían sustancialmente de los que tenían otros hombres cultos de su tiempo, cristianos o no. Si uno recorre, por ejemplo, las cartas de San Jerónimo, puede apreciar que en ellas, con una frecuencia sorprendente para el lector moderno, los juicios del autor vienen respaldados por citas textuales de antiguos escritores latinos, entre los que Virgilio ocupa un lugar sobresaliente. ¿Qué explicación puede darse de ello?

En un lugar de sus *Confessiones*, San Agustín nos cuenta que, durante sus años de estudiante, tenía que parafrasear pasajes de la obra de Virgilio: “Se nos obligaba –dice– a expresar algo en prosa, tal como el poeta lo había dicho en verso”⁸. Este ejercicio de convertir poesía en prosa, que formaba ya parte central del sistema educativo antiguo –había sido introducido el año 100 a.C.– y perduró hasta bien entrada la Edad Media, muestra cuánta importancia se le concedía a la *imitatio* de los autores en la formación de los jóvenes. Mediante este ejercicio de prosificar lo escrito en verso por los poetas –por Virgilio, en primer lugar–, el joven se adiestraba en la disciplina privilegiada por entonces, la retórica, que acompañaba la educación del muchacho durante todo su proceso de formación. La retórica, junto con abrirle el camino del éxito social, *formaba sus gustos*. Esa era la educación que todos recibían. En Occidente, aproximadamente hasta el siglo VI d.C., todos los cristianos iban a la escuela pagana –la única que existía– y allí recibían su educación. En esos tiempos, jamás la Iglesia intentó proponer ella misma un sistema cultural alternativo; entendía que su misión era ante todo regular las relaciones entre el hombre y Dios, y no propiciar un determinado ideal de cultura. Cristianos y paganos, en suma, iban a buscar instrucción al único lugar en que entonces se la podía encontrar.

Volviendo al discurso del Papa, señala él a continuación, como tercer punto de contacto importante entre Virgilio y la Iglesia, uno que es bien conocido de todos: el relevante papel que cumplieron los monasterios medievales en la conservación y transmisión de las obras de los antiguos, entre ellas las de Virgilio:

Para la Iglesia representa un especial motivo de honor el haberse preocupado, después de la caída del imperio de los romanos –es decir, en la Edad Media–, de que las obras del mayor poeta latino no se destruyeran; principalmente en los monasterios, ellas eran cuidadosamente conservadas, y en las salas de los amanuenses eran copiadas con mano diligente en pergami-

⁸ “Cogebamur [...] tale aliquid dicere solutis verbis, quale poeta dixisset versibus” (*Conf.* 1, 17).

nos. [...] No hay que olvidar que él fue considerado un ejemplo de sabiduría humana⁹.

CONSIDERACIONES ÉTICAS A PROPÓSITO DE VIRGILIO

Tras su recuento histórico, Juan Pablo II endereza su discurso en otra dirección. A partir de este momento, sus consideraciones son básicamente de índole ética.

Sin embargo, no solo es digno de nuestra recordación “el mejor” poeta, sino que corresponde también que averigüemos qué puede enseñarnos Virgilio a nosotros, que vivimos en estos tiempos profundamente perturbados y sujetos a rapidísimo cambio¹⁰.

Antes, sin embargo, de entrar en el desarrollo que hace el Papa de este tema en su discurso, quisiera plantear, a propósito de esta invitación a averiguar qué nos puede enseñar Virgilio a los hombres de hoy, un asunto previo que me parece conveniente discutir aquí, aunque sea de paso. Entiéndanse las líneas inmediatamente siguientes, pues, como un excursus que quisiera ser lo menos importuno posible.

Es esperable, por supuesto, el planteamiento que el Sumo Pontífice hace en la cita precedente; es comprensible –y legítimo– que, de parte suya, se nos proponga una lectura –digamos– interesada de Virgilio, una lectura que busque doctrina y enseñanza en el poeta. Lo que no es tan claro, sin embargo, es si un planteamiento de este tipo resulta pertinente en el ámbito académico, donde parecería que no corresponde abordar este tipo de asuntos.

Personalmente, creo que este es un asunto que sí puede tratarse en el ámbito académico, pero que hay que saber hacerlo, sin confundir las cosas. El principal error que hay que evitar al preguntarnos qué puede enseñarnos hoy Virgilio es suponer que el poeta tuvo efectivamente la intención de enseñar algo con su obra. Porque no es así: el arte, como sabemos, es desinteresado. Virgilio no quiso enseñarnos nada, y si ese hubiera sido su propósito, lo habríamos adverti-

⁹ “Ecclesiae praesertim vertit honori quod post eversum Romanorum imperium, id est media aetate, curavit ne summi poetae Latini opera perderentur; maxime in monasteriorum bibliothecis ea diligenter servabantur et in scriptoriiis conclavibus assidua manu exarabantur in membranis. [...] Obliviscendum non est eum habitum esse sapientiae humanae exemplum.”

¹⁰ “Verumtamen non solum recordatione nostra dignus est “optimus” poeta, sed oportet etiam inquiramus quid nos, qui his temporibus prorsus immutatis et mutationi celerrimae obnoxiiis vivimus, Vergilius doceat.”

do y no leeríamos sus obras con la admiración con que lo hacemos. Hace ya bastante tiempo que estamos vacunados contra la literatura didáctica o edificante, contra esa literatura que, en rigor, es más bien sermón moralizante o panfleto político.

Lo que sucede con la gran literatura es otra cosa: ella es ciertamente capaz de enseñarnos, sí, pero no mediante consejos o lecciones, sino a través del deslumbramiento. La gran literatura nos enseña mucho, alimenta nuestra intimidad con alimento muy sano, pero lo hace indeliberadamente. La gran literatura efectivamente ensancha nuestra conciencia y puede hacernos efectivamente individuos de mejor calidad. Puede, incluso, convertirnos en agentes positivos de cambio dentro de la comunidad de los hombres, ya que quien mejor sea capaz de alcanzar la visión de lo humano ideal a través de la admiración de las grandes obras, será también quien mejor podrá advertir, llegado el caso, la degradación de la vida cotidiana y promover eficazmente su regeneración. Luego de haberse “expuesto” —digámoslo así— a la obra de Virgilio —como quien se expone a los rayos del sol—, uno resulta efectivamente transformado, cambiado, y de peor en mejor.

Pero, claro, no hay que extremar este planteamiento; *per se*, la literatura no hace mejores individuos. Con la literatura pasa lo mismo que con el tenis, y permítaseme explicarlo con una anécdota. Un amigo me contaba que, paseándose por las calles de un pequeño pueblo donde estaba pasando el verano, se encontró de repente frente a una quinta que tenía, a la vista, una cancha de tenis; en la entrada estaba el propietario del predio. Mi amigo, entonces, aunque no conocía al señor, quiso cruzar unas palabras de cortesía con él, y luego de saludarlo y enterarse de que se trataba de un inglés avencindado en Chile, se le ocurrió, queriendo ser gentil, decirle algo así como “Veo que Ud. tiene una cancha de tenis. ¡Qué bien! ¡Qué buen deporte es este que Uds. inventaron! Es un deporte que hace caballeros”. Y entonces el inglés le dijo: “No, señor; el tenis no *hace* caballeros: el tenis *es* para caballeros”. Yo, que a veces juego tenis, sé bien que no todos los tenistas son caballeros; y como profesor de literatura, sé también que no todos los estudiosos de la literatura son buenas personas. Lo que uno podría decir, claro está, es que esos estudiosos de la literatura que no son tan buenas personas no han aprendido *realmente* a leer; que su trato con los libros ha sido distante, poco cordial; que no han permitido que su intimidad sea invadida por los mundos imaginarios de sus lecturas. Pero dejemos este asunto aquí y volvamos al discurso del Papa.

LA PERSONA DE VIRGILIO

Antes de entrar a considerar la obra misma de Virgilio, Juan Pablo II se refiere a los rasgos personales del poeta:

Según el testimonio de los antiguos, él fue un hombre de bien, sencillo, moderado, amable, agradable, pacífico, pronto a ayudar. Pero también en las obras del propio Virgilio se manifiesta su carácter candoroso e íntegro. [...]. Él es, por cierto, una prueba de que el alma del hombre es “naturalmente cristiana”¹¹.

Hay aquí, en esta breve cita, al menos tres cosas dignas de ser comentadas.

En primer lugar, lo que el Papa dice acerca del carácter de Virgilio, de su personalidad. Efectivamente sabemos, gracias a la información que nos han transmitido las *Vitae Vergilii*, que el poeta era una persona afable y natural. Era también reservado, retraído. Hay por ahí, incluso, el testimonio de un tal Melisso, quien, luego de conocerlo en casa de Mecenas, dijo que Virgilio era muy lento para hablar y que daba la impresión de que era ignorante (*in sermone tardissimum ac paene indocto similem fuisse*). Virgilio fue un espíritu solitario, concentrado en sí mismo, alejado de la vida pública, nacido más para la contemplación que para la acción.

En segundo lugar, es muy interesante eso de que el carácter candoroso e íntegro de Virgilio se manifiesta en sus propias obras. Este también es un tema teóricamente algo polémico, tal como el del carácter edificante de la obra de Virgilio. Yo creo que efectivamente se pueden inferir rasgos del autor a partir de sus obras, pero también esta es una operación delicada, que requiere perspicacia. Porque no se trata de transitar mecánica e ingenuamente desde la obra al autor y afirmar, por ejemplo, que si en una novela se nos muestra con simpatía a un individuo vicioso, el autor es, *ipso facto*, también vicioso. Pero es un hecho que quien lee a Virgilio no puede dejar de experimentar la certeza de que tras sus obras hay un individuo de nobles sentimientos, una persona moralmente bella. Tras la *Eneida*, por ejemplo, se percibe una profunda commiseración frente a los males de la humanidad, una gran ternura y bondad.

Y, en tercer lugar, dice el Papa que Virgilio es “una prueba de que el alma del hombre es ‘naturalmente cristiana’”. La expresión

¹¹ “Veterum testimonio ille fuit vir pius, simplex, modestus, amabilis, dulcis, pacificus, promptus ad opitulandum. Sed etiam ex ipsius Vergilii operibus candidum et integrum eius ingenium elucet [...]. Ipse profecto est documento hominis animum esse “naturaliter christianum”.”

“naturaliter christianum” es de Tertuliano, el apologista de los siglos II-III d.C., y en ella se resume la doctrina de que, aparte de la revelación divina directa, existe una suerte de revelación natural que todos los hombres reciben por el solo hecho de ser hombres. Esta sería la única revelación que habrían recibido quienes vivieron antes de Cristo, como Virgilio, a quien, dadas sus virtudes, solo le habría faltado el bautismo para ser *realmente* cristiano.

Según el Papa, las virtudes que tradicionalmente se le reconocen a Virgilio son justamente las que más se echan de menos en nuestra época:

Por otra parte, nuestro tiempo está particularmente necesitado de las virtudes por las que, según la tradición, Virgilio se distinguió, para que la desenfrenada voluntad de dominio, la falta de preocupación por la dignidad y los derechos del hombre, el desprecio por la vida de los otros y el ciego apetito de bienes no arruinen y destruyan la convivencia social¹².

El diagnóstico del Papa es muy certero. Estos cuatro males contemporáneos que denuncia —que podrían reducirse a tres: el apetito de poder, el atropello al otro y el materialismo— son ciertamente, hoy, males capitales y profundamente corrosivos de la convivencia humana.

LA SENSIBILIDAD DE VIRGILIO

Según el Papa, Virgilio fue también una persona de gran humanidad, y ello se puede apreciar, a su juicio, en diversos pasajes de sus obras:

Virgilio fue un poeta dotado de una altísima sensibilidad. ¿Quién no recuerda aquellas conocidas palabras, indicio de un espíritu conmovido y doliente, tan breves, concisas y expresivas que apenas pueden traducirse a nuestras lenguas: “Sunt lacrimae rerum” [“Hay lágrimas de las cosas”]? El hombre no solo llora por los sucesos adversos, sino que también hay cosas que, por decirlo así, ellas mismas lloran, que por las lágrimas se reconocen¹³.

¹² “Virtutibus autem quibus Vergilius traditur insignis fuisse aetas nostra maxime indiget, ne effrenata dominandi voluntas, neglectio dignitatis et iurium hominis, aliorum vitae contemptus, rerum caeca cupidio socialem convinctum pessundent atque evertant.”

¹³ “Vergilius fuit poeta sensu humanitatis altissimo praeditus. Quis nota verba illa non meminit, animi commoti ac dolentis indicia, tam brevia, pressa et significantia ut in sermones nostros vix possint converti: “Sunt lacrimae rerum”? Homo non solum ob casus flet adversos, sed res sunt etiam quae ipsae veluti lacrimantur, quae e lacrimis agnoscuntur.”

En armonía con su carácter retraído, secundario, de reacciones demoradas, Virgilio estaba dotado de un profundo espíritu de observación, capaz de experimentar empatía, de conectarse afectivamente con los demás y con lo demás. Ello se deja ver, según el Papa, en ese brevísimo y tan discutido pasaje de la *Eneida* 1, 462: “Sunt lacrimae rerum”. Alguien ha estimado que este es el pasaje más difícil de traducir de toda la literatura latina. Recordemos que estas son las palabras que profiere Eneas al contemplar las pinturas del templo de Cartago, en las que se representaban los recientes acontecimientos de la caída de Troya, trágicos acontecimientos de los que él había sido protagonista¹⁴.

VIRGILIO Y LA PAZ

Virgilio fue asimismo un hombre de paz, prosigue señalando el Papa:

Después de las guerras y las matanzas que habían conmovido a la república romana –Virgilio era un niño en el tiempo en que la turba de Catilina asolaba–, abominó de la guerra y fue un amante de la paz. Escuchémoslo cuando dice: “Se vuelve despiadado su deseo de las armas y la criminal locura de la guerra”; “Se alaban los bienes de una buena paz”. El afán de paz que lo animaba ¿no debe ser anhelado lo más vivamente posible en este agitado siglo?¹⁵

Virgilio, como casi todos sus contemporáneos, anheló la paz. Sabemos que las continuas revueltas de su tiempo estaban haciendo imposible no solo la vida *en Roma*, sino también la vida *de Roma*. La misma *Égloga IV*, de la que hablábamos hace poco, no es sino una suerte de conjuro en favor de la paz. El asunto cantado en esta égloga es la así llamada Paz de Brindis, celebrada entre Octaviano y Antonio el año 40 a.C., acontecimiento que debió de presentársele a Virgilio como un hecho de la mayor trascendencia, pues ponía fin a la ya demasiado larga cadena de guerras intestinas y desórdenes civiles que venían azotando a Roma.

¹⁴ El problema central del pasaje está en cómo entender el genitivo *rerum*, en determinar qué tipo de relación establece. Según la interpretación del Papa, aquí habría un típico genitivo posesivo: las cosas –los sucesos, en este caso–, al igual que las personas, en cierto sentido también tienen lágrimas, también lloran.

¹⁵ “Post bella et caedes quibus res publica Romana erat concussa –Vergilius puer erat quo tempore Catilinaria turba grassabatur–, is osor fuit belli pacisque amator. Audiamus eum dicentem: “Saevit amor ferri et scelerata insania belli” [Aen. 7, 461]; “Laudanturque bonae pacis bona” [Ciris, 356]. Nonne pacis studium quo ille tenebatur est quam maxime extendum perturbato hoc saeculo?”

VIRGILIO Y LA NATURALEZA

Pero Virgilio no solo cantó asuntos humanos:

También un poeta de la naturaleza fue Virgilio: ¡con qué sobrio y apacible amor, con qué suave armonía de versos cantó los pastizales y los campos, las flores y los árboles, los animales pequeños y los grandes, y otras cosas de esta especie! Es menester, por cierto, que commueva los espíritus de los que viven en este tiempo, ya que a causa de la industria y de tantos inventos que los hombres de talento han producido se ocasionan graves daños a la naturaleza, y deben intensificarse los cuidados especiales para protegerla¹⁶.

La alusión es aquí, principalmente, a las *Geórgicas*, obra de inigualable belleza, toda penetrada de una corriente ininterrumpida de lirismo. Hay quien incluso ha llegado a considerarla la obra más hermosa de la literatura universal. Se aprecia en ella un sentimiento de fraternidad entre los hombres y la naturaleza. Para Virgilio, en todo lo que vive late una oscura conciencia. El poeta experimenta un sentimiento de asombro ante cada ser vivo, y este sentimiento –casi religioso– ante la vibración de la vida se extiende hasta las formas más simples, como son los seres del reino vegetal, en los que –en palabras de Gabriela Mistral– “es tan sosegada la pulsación del existir”.

VIRGILIO Y EL TRABAJO

A continuación, el Papa se refiere a la dignidad del trabajo y del trabajador:

Virgilio, como bien sabéis, en su sobresaliente obra titulada *Georgicon*, también celebró el trabajo de las manos, el “trabajo asiduo”, es decir, el que se hace “con el sudor de la frente”, como se dice en las primeras páginas de la sagrada *Biblia*. Ensalza, por supuesto, el humilde trabajo campesino, y por lo tanto la dignidad del trabajo y de aquel que se encarga de él. Resultó oportuno que este año, dedicado al poeta de Mantua, se publicara la encíclica que comienza con las palabras “*Laborem exercens*”, para arrojar luz sobre una materia que abarca todo el trabajo del hombre,

¹⁶ “Etiam rerum naturae poeta fuit Vergilius: quam verecundo et sereno amore, quam suavi versuum modulamine pascua et rura, flores et arbores, animalia parva et magna et alia huiusmodi cecinit! Profecto mentes hominum oportet permovereat qui vitam hoc tempore degunt, quo propter machinalem industriam ac tot inventa quae ingenia pepererunt rerum naturae gravia damna inferuntur in eamque tuendam praecipuae curae debent intendi.”

asunto que para nuestros tiempos resulta de la mayor importancia y exige respuestas precisas¹⁷.

DESPEDIDA Y EXHORTACIÓN

Y finalmente, cerrando con ello su discurso, Juan Pablo les hace un llamado a los latinistas asistentes a su audiencia: los invita a seguir cultivando con entusiasmo la lengua latina y a seguir leyendo a Virgilio:

Vosotros, que estáis consagrados a la cultura, sin duda resultáis alentados por estas Virgilianas solemnes a cultivar con renovado impulso la que fue la lengua materna de este poeta y que la Iglesia recibió como por herencia e hizo suya, aun cuando nuestro tiempo parece favorecer poco esta empresa. Que el Certamen Vaticano, organizado por esta Sede Apostólica, sea como una palestra en la que maestros y estudiantes, amantes de la lengua latina, se ejerciten solícitos, impidiendo al mismo tiempo —quiero citar nuevamente las palabras de San Agustín— “que el grande y más brillante y mejor poeta de todos [...] pueda caer en el olvido”¹⁸.

CONCLUSIÓN

Terminemos señalando que no es casual que el cristianismo, desde un comienzo hasta nuestros días, haya sido seducido tan hondamente por Virgilio, y que, por tanto, no es extraño que nos encontremos hoy con un discurso del Papa sobre el poeta. Virgilio fue, en efecto, mucho más que el cantor de la Roma de Augusto. Por debajo de su aspecto de poeta nacional, en un nivel más hondo, se percibe, como

¹⁷ “Vergilius, ut probe nostis, egregio libro qui inscribitur *Georgicon*, etiam opus manuum celebravit, “laborem improbum” [*Georg.* 1, 145-6], qui videlicet fit “in sudore vultus”, ut est in prioribus paginis Bibliorum Sacrorum [*Gen.* 1, 19]. Praedicat nempe humile opus agreste ideoque dignitatem laboris et eius qui huic insistit. Haud incommode accidit ut hoc anno, Mantuani poetae memoriae dicato, Litterae Encycliche a verbis “Laborem exercens” incipientes ederentur, quibus argumentum totum hominis opus complectens, quod temporibus nostris est summi ponderis et certa postulat responsa, illustraretur.”

¹⁸ “Vos, qui Latinae animi culturae operam datis, sine dubio his Vergilianis solemnibus confirmamini ut linguam quae huius poetae fuit patrius sermo et quam Ecclesia quasi hereditate accepit suamque fecit, nova impulsione acti excolatis, quamvis tempora nostra huic rei minus favere videantur. Certamen Vaticanum, ab hac Sede Apostolica institutum, sit veluti palaestra in qua docentes et discentes sermonis Latini amantes se impigri exerceant, simul efficientes ne –verba Sancti Augustini iterum libet afferre– “poeta magnus omniumque praeclarissimus atque optimus [...] oblivione possit aboleri”.”

hemos señalado, a un hombre contemplativo, alejado de lo histórico y lo político. En Virgilio hay una neta profundización en la mirada que el hombre se da a sí mismo. Se podría así decir que hay una parte de la antigüedad que muere con él, y una parte de la modernidad que nace con él. Lo que nace es, justamente, un cierto primado del alma, del espíritu. Su mundo se asemeja ya, en muchos aspectos, al cristiano. Él fue, sin duda, el más religioso de los poetas latinos.

Para Virgilio, un *numen* divino domina todas las cosas y dirige los destinos humanos. Ese *numen* está encarnado en la voluntad de Júpiter y recibe el nombre de *fatum*, hado, lo dicho por la divinidad, lo decretado por ella. En Eneas, por ejemplo, se aprecia paradigmáticamente este dócil sometimiento al *fatum*, al punto que a uno no le extrañaría oír de boca del héroe algo así como un “hágase tu voluntad y no la mía”.

Es natural, por tanto, que en la constitución de un lenguaje propio, el cristianismo encontrara en Virgilio a su intérprete privilegiado. Pongamos un simple ejemplo, para terminar. Si uno escucha –fuera de todo contexto– la expresión *pater omnipotens*, se traslada de inmediato, espontáneamente, al ámbito del latín cristiano, y tal vez lo primero que se le venga a la cabeza sea el comienzo del *Credo* –*Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae...–*; sin embargo, *pater omnipotens* es un ejemplo, entre muchos otros, de acuñación verbal pagana adoptada por el latín cristiano: *pater omnipotens* llama Virgilio a Júpiter en la *Eneida* 1, 60.

Bien puede decirse, pues, que Virgilio modeló la doctrina cristiana al proporcionarle una horma para la transmisión de su mensaje. Bien puede decirse, en suma, no solo que Virgilio fue *naturaliter christianus*, sino también que el cristianismo es profundamente virgiliano.